

**PREGÓN EN HONOR A NTRA. MADRE  
Y SRA. SANTA MARÍA DE LA  
MERCED**



21 de septiembre de 2016

Gracias a la vida  
que me ha dado un barrio  
y no un barrio cualquiera,  
el del Reino Mercedario.

Gracias por la fortuna  
del lugar donde nací  
no por sus mansiones,  
sino por el tesoro que guarda aquí.

Gracias por la belleza  
de estas tallas benditas,  
gracias por el don de esas manos  
del gran maestro Buiza.

Gracias a los hermanos  
que fundaron esta Cofradía  
y a todos los que durante años  
han mantenido esa llama viva.

Gracias Dios mío,  
gracias por mi familia,  
que me enseñó que la Madre de Dios  
en San Antonio residía.

Gracias a ti, María,  
gracias a esta devoción  
que me une a tu Hijo,  
que me liga a esta pasión.

Gracias por esta Hermandad,  
por este grupo de hermanos,  
y por hacer de septiembre  
el mes más anhelado.

Gracias porque es hoy mi voz,  
la que suena por megafonía,  
tengo mucho que decirte,  
aunque no esté todo en estas líneas.

Hoy, como el resto del año,  
voy a hablar contigo,  
pero no será en silencio,  
ni en calma,  
aunque como siempre,  
Tú lo sacarás de mi alma.

Hoy soy la voz de mis hermanos,  
de los que han confiado en mí,  
y no es otro mi propósito  
que el de animaros a sentir.  
A vivir este Triduo con cariño,  
a celebrar con fe y con amor,  
la alegría de ser mercedarios,  
de encontrarnos en el Zumbacón.

Porque aunque el mercedario  
nazca lejos de tu presencia  
tú lo elegiste para venir  
y por una u otra causa  
siempre acaba ante ti,  
siempre necesita regresar,  
volver a encontrarse contigo,  
volver a tu presencia respirar.  
Otras veces no se va nunca,  
¡te necesita para vivir!  
Y no es más mercedario  
el que nunca marcha,  
sino el que vive por y para ti.

En el nombre del Padre,  
de Jesús Humilde,  
que el Espíritu Santo nos ilumine,  
la Merced nos guarde,  
y San Antonio nos cuide.

Rvdo. Sr. D. Francisco Javier Moreno Pozo, Director Espiritual de nuestra cofradía.

Rvdo. Padre Fray Ricardo de Córdoba, predicador de este Triduo y Vestidor Honorario Perpetuo de esta Hermandad.

Excelentísimas autoridades.

Hermano Mayor D. Antonio Ruf Sánchez.

Compañeros de Junta de Gobierno y demás hermanos de la Venerable e Ilustre Hermandad del Santísimo Sacramento y Cofradía de Nazarenos de Ntro. Padre Jesús Humilde en la Coronación de Espinas, Ntra. Madre y Sra. Sta. María de la Merced y San Antonio de Padua.

Mercedarios de corazón, familia, cofrades y amigos todos

No podía ser otro mi comienzo que en forma de agradecimiento a todos los que habéis hecho de una forma u otra que hoy esté aquí, muchos incluso sin saberlo. Pero tengo que dar directa y personalmente las gracias a mi querida Ana Ruf. Ejemplo de virtudes del buen cofrade y más si cabe del mercedario de cuna, es para mí un honor que alguien de quien tanto tengo que aprender me dedique palabras tan bellas, para que aquellos que aun no me conocéis hoy os sintáis más cercanos y podáis entender mejor qué significa para mi pertenecer a esta Hermandad de la Merced.

Muchas veces me he parado a pensar cuando empecé a ser mercedaria. ¿Cuándo me hice hermana?, ¿Cuándo comencé a rezar a estos titulares? ¿El día de mi bautizo? Empiezo así y me acabo remontando más de 50 años atrás cuando mis abuelos maternos comenzaron a vivir en el barrio, en este y no otro, a pesar de venir cada uno de un pueblo diferente de la provincia. Pocas calles de casas: Damián de Castro (la suya), San Acisclo, y no mucho más. Campo, tierra y una Iglesia. Esta Iglesia. A lo mejor sería rebuscar mucho, pero son esas conexiones maravillosas las que me hacen ver que nada ocurre por casualidad, y que al fin y al cabo soy fruto de esas “casualidades”. Como Iglesia del barrio, mi madre fue bautizada aquí y aquí se casaron mis padres el 1 de septiembre de hace ya 25 años. Casualidad o no, sin tener nada que ver con el barrio, mi abuela paterna e incluso una de mis tías, se llaman Mercedes. Cuando ya estaba en el vientre de mi madre, ella iba detrás de tu manto, ¡ya te iba yo acompañando! Y en la mente de mi tío materno también iba, costalero que por aquellos años aun te llevaba. Aquí también fue mi bautizo: un 19 de septiembre, ¡aaay otra vez septiembre! Quizá ese fue el momento, sin duda fue el oficial, llamémoslo así. A las 12 del mediodía, el padre Anastasio nos recibía a todos los asistentes en la puerta de San Antonio, para darme la bienvenida, porque tal y como dijo, era el momento en el que iba a entrar por primera vez en la Iglesia, “si lo había hecho antes era de tapadillo”. Pero llegué a la conclusión de que fue ese el momento clave cuando vi una foto de tal día que ya algunos conocéis. El párroco me sostenía alzada en sus manos, de cara a ti, Merced, que estabas en el altar mayor rodeada de flores, porque ya era septiembre y tus días grandes se acercaban. Y ahí estabas, con tu hábito mercedario como ahora, y yo ante tu mirada, como ahora, o bueno, como siempre. Fue ese momento, tuvo que serlo, cuando Don Anastasio dijo: “Ya está bautizada Mercedes, ya puede llamar a Dios “Padre”, vamos a presentársela a su madre del cielo, a la

Virgen de la Merced”. Y te recé mi primer Ave María con unos ojos que te miraban muy fija, porque aun me quedaba un poco de tiempo para aprender a hablar. Pero hice por primera vez lo que no he dejado de hacer desde entonces, algo que tiene el poder de parar el tiempo, y que no es otra cosa que mirarte en silencio.

Porque aquí estoy,  
aquí estoy como siempre,  
ahí estás,  
como no dejas de estarlo.  
Me miras, me cuidas,  
te rezo, te quiero  
Ahí se afianzó el encargo  
ahí quedé en tus brazos María.

Un camino en la vida, que el Padre me tenía destinado antes incluso de lo que yo, reflexiva, con todas mis conexiones de tiempo pasados, pudiera alguna vez imaginado. Por ese camino me vas guiando y aunque pronto te llevaras a mi abuelo, sin darnos tiempo a disfrutarnos, sé que Curro está a tu lado y es él quien te avisa cuando más necesito tu mano, siendo tu consuelo como su abrazo. Él desde arriba, y mi abuela desde abajo. Porque ella se volcó en sus nietas, así nos inculcó el amor por ti, el amor por tu Hijo, y la fe que nos hacía venir una y otra vez aquí, rezar ante tu estampa en la habitación y besar tu mano cada 24 de septiembre. Incluso pasar por tu manto, siempre buscando tu protección, siempre pidiendo tu amparo. Y así deseé crecer rápido para acompañarte sin limitación. Quería ir contigo, en tu Rosario hasta la prisión. Pero con el tiempo, cuando mis padres entendieron mi intenso amor por ti, que no tenía freno, ni horas de

sueño, ni cansancio que no se pudiera combatir; las cosas habían cambiado, no ibas hasta allí. Realmente ya no importaba, porque no te iba a dejar de seguir. Aunque sí, lo reconozco, esa espinita quedó ahí. Y ahora que lo pienso, influyó más en mí de lo que pude llegar entonces a advertir.

Los presos te necesitan, necesitan sentir tu amor, aunque no sea con tu presencia, y aunque tu imagen a través de las rejas no lleguen a ver, necesitan alguien que les diga que Dios no los deja de querer.

En clase de derecho penal un profesor nos hacía saber que cuando una persona entra en prisión, solo le queda su madre y su abogado, dura afirmación. Y si yo dijera que Ella no se va nunca, que Ella también le queda, al que está dentro y al que espera fuera.

Porque los cautivos de ahora  
están, Merced, bajo tu protección.  
Son libres cuando en ti piensan,  
tú les liberas de culpa el corazón.  
Mirándote se sienten perdonados,  
pensándote aliviados,  
rezándote acompañados  
y cuando le envías a algún hijo  
de los que dan su trabajo desinteresado,  
de los que van en tu nombre,  
porque sienten que TÚ les has llamado,  
es entonces, cuando el reo  
se siente verdaderamente amado.



Y siento que por eso estudio  
la carrera que elegí,  
sin duda detecto  
que me ayudaste a decidir.  
Es por eso que disfruté  
cuando en mis prácticas comprobé,  
que no es tan fiero el león  
como nos quieren hacer ver.  
Que el derecho también busca,  
dentro de la legalidad,  
la mejor manera de proceder.  
Aunque para algunos esta indulgencia  
y la suerte de encontrar  
a alguien con corazón,  
que sin rencores  
solo busque su reinserción,  
se confunda con la ocasión perfecta  
para hacer de su capa un sayo  
y reírse del resto de la población.  
Pero poniendo la otra mejilla,  
siendo persistentes  
odiando el delito  
y compadeciendo al delincuente  
como hacía Concepción,

es posible un mundo mejor,  
sin prejuicios, dando ejemplo,  
dando cariño y perdón.

Por eso desde dentro,  
quiero apoyar esta labor,  
seguir estudiando  
para dar de mi lo mejor.  
Adquirir conocimientos,  
todos los que puedan ayudar,  
pero no olvidar nunca  
la importancia de la vida espiritual.

Y ser capaz de transmitir,  
con mis hechos y mis palabras,  
hasta con mi forma de mirar,  
que la Virgen de la Merced  
siempre te va a ayudar.

Redentora de cautivos,  
que en forma de medalla  
reconoce tu mérito  
la Pastoral Penitenciaria.

Un mérito que es suyo,  
pero que ellos te otorgan a ti

porque Tú eres la que les inspiras  
la fuerza para seguir.

¡Ay patrona de prisiones!  
Que buscas el arrepentimiento  
de los que actúan olvidando a Dios  
porque tú los rescatas  
los acercas a su Reino  
depuras sus almas  
y sus sentimientos.

Que solo haya cautivos de tu mirada,  
que cada 24 deseen salir a ver  
a la que los ha hecho libres,  
aun rodeados de pared.  
Que cada Lunes Santo  
pueda ponerse a tus pies  
un preso liberado  
en tu nombre, Merced.  
Y que cada día de su vida  
sea ejemplo de fe  
porque fue Ella la que lo hizo libre,  
fue la Madre de Misericordia,  
la Virgen de la Merced.

Otra de esas benditas casualidades que me han traído hoy aquí fue el Grupo Joven. Porque como suelo decir, mercedaria de toda la vida, cofrade poco a poco a partir de ahí. Y empecé a aprender, porque estabais dispuestos a enseñarme, tanto jóvenes como mayores, a pesar de mi desconocimiento y de mi timidez; vuestra paciencia y confianza me impregnó y me animó a seguir. Lo que no se aprende en el colegio, en el instituto o en la Universidad, o me lo enseña mi familia o lo aprendo aquí, y lo digo en presente porque no he dejado de hacerlo. Cada uno de los jóvenes que hoy sois parte de la Juventud Mercedaria, tenéis mucho que dar por eso tenéis que estar dispuestos a ello, y sabed que habrá momentos más difíciles. Habrá algunos en que os agobies, quizá porque no respondéis solo ante vosotros mismos, sino también ante vuestros padres que a veces no entenderán que con vuestra edad dediquéis tanto tiempo a la Hermandad, porque los exámenes están ahí, y verás... Pero, si a pesar de todo, los buenos momentos tapan a estos que son más pequeñitos pero a veces más escandalosos, si veis que vuestra fe tiene fuerza, que puede con todo, al final vais a conseguir llevarlo para adelante. Yo tuve uno de estos momentos, en los que no te vez capaz, las circunstancias te sobrepasan cuando eres demasiado perfeccionista y sientes que muchas cosas se te escapan, que no estás dando lo mejor de ti. Y eres débil, abandonas y te sientes avergonzado porque las fuerzas que pides no te llegan o no las administras bien. Y duele dejarlo porque nunca sabrás si fue lo correcto, o podrías haber aguantado más, pero en ese momento lo sentías así. Aunque como todo lo que duele: enseña, refuerza y madura.

Por eso os animo, no tiréis la toalla,  
comprometeros, no tengáis miedo,  
son Ellos los que mandan.

Hay un lugar para cada uno  
que poco a poco encontrareis,  
para dar lo mejor de vosotros,  
no os precipitéis.

Pero mientras, aprended,  
soñad con cosas grandes,  
no dejéis de creer.

Id más allá de lo superfluo,  
¡llevadnos más allá!

Porque el joven contagia al adulto  
sobre todo de vitalidad.

También de esperanza, de alegría,  
de optimismo y una fuerza sin igual  
Mientras, el mayor le enseña al joven  
la racionalidad,  
la templanza, el respeto,  
y lo sitúa en la realidad.

Porque tienes mucho que dar,  
mucho que ofrecer a los demás,  
pero tenlo claro desde el principio  
tu recompensa solo será espiritual.

¡Vamos jóvenes mercedarios!

dad de vosotros lo mejor,  
a vuestros padres del cielo,  
a Dios nuestro creador.

Hacedlo por Ellos,  
no hay motivo mejor,  
entended vuestras diferencias,  
superadlas con amor,  
porque todos habéis sido llamados,  
por vuestro gran corazón.  
Y os ha llamado el Padre,  
¿no hay motivo mejor,  
para quererse como hermanos,  
y dejar de lado cualquier muestra de rencor?

Sed ejemplo de perdón,  
de amistad, de compañerismo,  
sed ejemplo de humildad.  
Que cuando veamos el guión,  
o vuestra intensa actividad,  
podamos decir orgullosos,  
¡esa es la Juventud Mercedaria!  
¡ese es el futuro de mi Hermandad!

Un futuro, que como el presente está lleno de opciones. La única forma de no equivocarse en la vida es no tomar decisiones. ¿Y cuántas decisiones tomamos al día? La mayoría son tremendamente sencillas. ¿Hoy compramos una telera o una barra de pan para comer? ¿Esta tarde damos un paseo o nos quedamos en casa? ¿Vamos a misa a esta o a la otra parroquia? Y a pesar de la sencillez de los planteamientos, nos equivocamos. Y nos equivocamos porque arriesgamos, porque en vez de la razón en ese momento nos pueden otros sentimientos y ponderamos otras sensaciones. Y quieres comprar una telera, pero en la panadería las barras están saliendo del horno y no pueden resistirte, aunque a la comida de hoy le iba mejor la telera; y quieres salir a pasear pero aprieta el calor y la pereza estival y te quedas en casa, a pesar de que querías mover el corazón. Y decides ir a otra parroquia pero al pasar por la primera ves a un amigo que llevabas tiempo sin ver y decides quedarte ahí aunque querías ir a la otra que hoy había cultos. Las emociones, e incluso a veces el propio devenir de la vida te han llevado por otro camino. Tú razonaste otra solución y sin embargo, no lo hiciste así. Pero al fin y al cabo eran cuestiones sencillas: tenías pan, ya saldrías mañana a pasear y fuiste a misa independientemente de la parroquia. Comprobaste que a pesar del cambio de planes, tus decisiones no habían estado mal, incluso te “autoengañaste” un poco para quedarte más tranquilo. Eran tus decisiones, y estabas juzgando tú sus efectos. Pero ¿juzgamos igual las decisiones de los demás? ¿Por qué somos tan crueles cuando no nos toca decidir a nosotros? Esto era solo un ejemplo de decisiones sencillas, cotidianas, que apenas involucran a nadie más que a uno mismo. Pero estas toman una complejidad considerable cuando un grupo de personas reducido representan en esta toma de decisiones a un grupo mucho mayor que ha confiado en esos pocos. Si eres de ese grupo reducido, las decisiones que tomes no solo te afectarán a ti, es más muchas veces beneficiaran a todos los demás menos a

ti. Pero estás ahí. Con tu espíritu de sacrificio que pocas veces se detecta, porque lo que no se cuenta en ningún medio público pocos son capaces de percibir. Y estás ahí. Sin dormir muchas noches, con una noria de pros y contras en tu cabeza, con la opinión de unos y otros que al salir de sus bocas les hizo quedar tranquilos, y a ti, más confundido si cabe. Y te encomiendas a Ellos, que al fin y al cabo son los que te guían, los que te han llevado a dónde estás y los que han querido que seas tú el que decida tal cuestión en tal momento. Entonces te vienen las emociones, los sentimientos, claro que entiendes todas y cada una de las posturas que los hermanos te han expuesto, también entiendes los motivos que les hacen pensar así, a muchos los conoces desde hace tiempo. Pero luego está el bien general, el que tú procuras, y que tiene que basarse en algo más que sensaciones cuando hay tanto en juego. Toma su lugar la razón, aparece el sentido común, vueltas y más vueltas: desde la técnica, desde la ciencia; pero nunca dejas de lado al corazón que te empuja haciéndote a veces aventurarte, a salir a la tempestad en un barco y con dos remos: ¡pero tengo remos! piensas. Y bandeas el temporal como puedes, con las únicas armas que tienes. En cambio otras veces, cuando ya has bandedo y experimentado, que no siempre te llevan solo dos remos al puerto que querías, decides sopesar mejor las opciones. Porque tú tienes claro el puerto al que vas y no vale llegar de cualquier forma, sobre todo si quieres que durante años siga tu barco sirviendo a futuras generaciones, a las que no quieres dárselo en malas condiciones. Son esas las decisiones que más duelen, las que nadie entiende porque el respeto lleva a no airear todos sus detalles. Las que no entiende el que no toma. Pero al fin y al cabo, son las que nos hace seguir adelante, vivir, continuar, y celebrar aniversarios de hermandad.



¿Y habrá decisión más dolorosa que la de no salir un Lunes Santo a la calle? Cuando esas caras de ilusión de niños y de mayores, que ese día también son niños, se convierten en caras de desilusión, de “no ha podido ser”, “otro año será”, “la lluvia no ha querido” que nos llevan a buscar consuelo en el abrazo de nuestros amigos.

No quiero llorar  
porque no hayamos salido.

No quiero llorar,  
porque aquí estamos, contigo.

Pero entonces, te miro a la cara,  
y me recorre el cuerpo un escalofrío.

Es que estás tan guapa, Madre,  
que quitas el “sentío”.

¿Cómo va a quedarse Córdoba sin verte?  
¿Cómo vas a dejar en los labios las mieles?  
¿Cómo aguantaremos otro año para disfrutar  
ese movimiento de tu palio angelical?  
¿Cómo vamos a hacer para esperar más de un año,  
a que llegue otro Lunes Santo y demostrar  
que esta ciudad se vuelve un barrio  
para acoger a tu familia de mercedarios?

Y así te miro, y así se escapa,  
y así resbala esa lágrima por mi mejilla

mientras las tuyas reflejan  
el brillo de tú candelaría  
porque aunque no hayamos salido  
eran para ti, Reina,  
para alumbrarte y ser encendida;  
para que todo aquel que se acercó,  
que esperó cola, que entró a verte,  
pudiera mirar bien esa cara tan linda,  
y así de repente, soltara un Ave María,  
una oración de piropos  
y más de una fotografía.

Porque hay que retratarte,  
con la cámara, la vista y el corazón,  
y así cuando oigamos MARIA,  
nos venga a la cabeza tu advocación.

María de la Merced,  
me has secado las lágrimas  
en un Lunes Santo diferente,  
preparado, como siempre, con ilusión,  
Tú me has dicho que mire al frente,  
que vaya con fuerza a por el siguiente.

A seguir haciendo Hermandad,  
a crecer como Cofradía,  
a madurar como grupo cristiano  
y a trabajar, trabajar y disfrutar en familia.

Me lo has dicho al consolarme:

“¡Venga fuerte pa’riba!  
Cuando nos necesites,  
estará Dios en la capilla,  
verás a mi hijo Coronado,  
y a mí en el altar;  
pero incluso cuando no nos veas,  
no te vamos a abandonar”.

Fue entonces cuando me tragué el nudo,  
cogí aliento, pude volver a mirarte,  
al fin y al cabo solo era lluvia,  
otro regalo más de la creación del Padre.

Con tu mirada serena,  
me acababas de vestir de coraje.

Empezaba una chicotá  
de más de 365 días,

y aunque no estuviera la puerta abarrotada  
cuando finalmente se cerró,  
ni todos cantaranos con Encarnación Coronada  
ese himno a María;  
sí lo rezamos recogidos,  
de la mano pero sin tocarnos,  
como estrellas alrededor de la luna,  
hablando pero sin mirarnos,  
solo a ti nuestros ojos,  
solo a ti nuestras vidas.

Queríamos grabar esa estampa  
un año entero en nuestra mente  
Madre e Hijo, engalanados,  
como dos verdaderos reyes.  
Pero las puertas se cerraron,  
la cera se apagó,  
las luces se dejaron vencer por la noche,  
Ya no te vería,  
al menos hasta que saliera el sol.

De camino a casa,  
con tu imagen grabada en la retina,  
como si aun delante estuvieras

brillando más que antes todavía,  
te lo volví a prometer,  
¡no quiero dejarte nunca!  
todo mi esfuerzo,  
mi trabajo, mi vida  
son por ti, María,  
¡van por ti Merced!

Pero no vamos a negarlo. Pocas cosas hay más bellas que un Lunes Santo con sol. Nada más bello que Merced y Coronación. Con túnicas marfil que iluminan el camino, incluso cuando los cirios aun no están encendidos. Con nazarenos nerviosos, esperando en la Iglesia, dándole vueltas a su capirote, deseando cruzar la puerta. Con costaleros deseosos de hacer realidad todos sus pensamientos desde que empezaron a ensayar. Con una banda que afina, que espera impaciente la marcha real.

Cantemos al Amor de los Amores, cantemos al Señor, ya está la Sacramental en la calle, ya suena Coronación. Ni una sombra en el paseo, que quite a tus devotos el sol, pero ahí se agolpan, como cada año, para ver al Hijo de Dios. El sayón se va burlando, sin saber que alrededor, los que lo miran en su recorrido solo le lanzan piropos de amor. Así se presenta a Córdoba este momento de la pasión, y más gente te espera si se estrecha el callejón. Porque alumbras las blancas paredes, y haces la noche día, llenas todo el espacio, como llenas nuestro corazón de alegría. Y a pesar de todo pasas, había quien no lo creía, pero ¿qué no puedes hacer tú si el todopoderoso te envía?

Cuando pasamos el Colodro, comenzamos a acercarnos más a Dios, lo hemos visto sacramentado, y se suman muchas horas de camino. Se acaba la algarabía del centro, comienza la noche íntima en el Zumbacón.

Las fuerzas ya fallan,  
el cansancio y algún dolor van apareciendo  
y entonces te acuerdas de su corona,  
aunque no lo estás viendo.  
Te acuerdas del cuerpo maltratado  
del Rey de reyes coronado de espinas,  
te acuerdas de su espalda azotada,  
y de su piel en carne viva.  
Te acuerdas de su sufrimiento  
y de su mirada paciente  
y piensas entonces  
¿de qué me quejo?  
¡De qué me quejo  
si mira cómo anda su paso!,  
con la elegancia y el respeto que merece tu pasión,  
si he elegido seguir tu camino,  
¿de qué me quejo señor?  
  
Sigo adelante, cojo fuerzas  
escuchando esa marcha sonar,  
porque aunque desde aquí no te vea,

con esas notas imagino tu andar,  
imagino tu cara y tu mirada,  
porque son notas dedicadas a ti,  
porque inspiras a quien las toca  
y a quien las compone para ti.

Y vuelve la algarabía,  
la puerta está plagada  
de un barrio que espera tu vuelta,  
y cuando apareces, calla.

Cruzas el portón  
y recoges las miradas  
de lo que llevan todo el camino imaginándote  
porque su vista a ti no llegaba.

Y ahora a esperar  
a que llegue tu Madre amada  
la que está guapa con el sol y con la luna,  
con la cera nueva y ya gastada.

Que se pone más guapa  
cuando ve a sus paisanos  
volcados esperando verla llegar,  
se ilumina más todavía,  
está elegante “pa rabiarse”.

La patrona de nuestras vidas  
llega a su casa de hermandad  
y va quitando el cansancio  
a todos los que penitentes  
les hemos querido acompañar.  
Ella se alegra desde su palio,  
vuelve a ver a su hijo amado,  
y entre el incienso y la emoción,  
los mercedarios rezamos  
a Merced y Coronación.

Un día al año para veros,  
rebosantes de esplendor,  
y un año entero de culto y de trabajo  
para daros lo mejor.

Claro que merece la pena,  
todo el que entienda esta pasión,  
ocupe el lugar que ocupe  
quiere colmaros de amor.

Porque dando se recibe,  
olvidando se encuentra,  
perdonando se es perdonado  
y muriendo se resucita a la vida eterna.



Tomando las palabras de San Francisco,  
queremos ser instrumento de tu paz,  
llevar tu mensaje a todos los rincones,  
y por nuestros hermanos empezar.  
Que no quede todo en predicar,  
que la práctica sea el ejemplo,  
ya advirtió San Antonio  
que peligroso es hacer lo inverso.

¡A qué esperas mercedario!,  
todos tus hermanos aman a Dios  
aquí te esperamos para juntos  
adorar a nuestro salvador,  
venerar a nuestra Madre  
y llevar muy lejos su mensaje de amor  
todo sea por siempre,  
por Ellos,  
¡por Merced y Coronación!

Hasta el final contigo. Con esta frase que tanto dice en tan pocas palabras, solemos romper cuando se nos desbordan los sentimientos. Porque sabemos que dice mucho más de lo que parece. Quiero empezar contigo hasta el final, pero no quiero que nunca acabe, realmente no quiero que haya final. Quédate conmigo hasta el infinito, quédate conmigo toda la eternidad, que no quiero abandonarte, no me quiero de ti separar. Y ya sea en pulsera, en notas musicales, o en un “hashtang” de esos que ahora solemos usar, cuando decimos final decimos principio, presente y lo que vendrá. Decimos aquí estamos contigo, decimos que sople el aire que tenga que soplar, que mi fe es fuerte mirando tu sufrimiento, que fue verdadero padecimiento, martirio sin igual. Y mírate, resignado, acatando su voluntad. Tú mirabas al cielo, buscando al Padre. Yo miro a tu capilla y busco tu humildad.

Me tranquiliza tu estampa serena, me abstrae de todo lo demás, me imagino a tu madre allí delante mientras te azotaban y mandaban coronar. No podía hacer nada, Ella también acataba su voluntad, pero ahora desde arriba, a todos sus hijos no nos deja de cuidar. En el día a día, y en las situaciones más difíciles donde la ciencia parece no llegar, Ella tira de ti para la vida, salva a los tuyos de la oscuridad. Mientras la incertidumbre se apodera de todo, con nuestras oraciones Ella se pone a trabajar.

¡Milagro! Dicen algunos. ¡No hay explicación racional! Pero la divina te pone el bello de punta, porque sientes que verdaderamente ha ocurrido algo sin igual. Y cuando todo haya pasado, cuando vuelvas de nuevo a la Hermandad, aquí con los brazos abiertos estamos tus hermanos y están Ellos de los que tan cerca llegaste a estar. Sois ejemplo de fe por no tirar la toalla, y de amor, de un amor sin igual. Del que os ha transmitido Ella, y que estoy segura nos vais a enseñar.

Por eso decimos hasta el final, por eso es nuestro lema, tatuado todos en el corazón, algunos también en la piel lo llevan. Lo decimos porque no hay palabras que expliquen todas estas emociones, porque sois nuestro principio y nuestro final. Lo decimos por amor correspondido, lo decimos de verdad, y así en vez de decir TE QUIERO, vuestros hijos mercedarios os dicen HASTA EL FINAL.

Y fíjate cómo pasa el tiempo, ya está acabando este pregón, y apenas he dicho un poco de todo lo que despiertas en mi corazón. Se me ha pasado volando, como los 40 años que hace de tu bendición, los casi 800 de la orden mercedaria, los 20 de tu banda Coronación o los 23 años que llevas siendo mi timón. Espero que nunca acabe esta historia de amor, que surge con todo el que te mira buscando tu protección. No podemos resistirnos a tu belleza, ni a tus infinitas muestras de ternura, porque verdaderamente te sentimos a nuestro lado, por eso siempre queremos darte lo mejor, honrarte con nuestro trabajo, que no nos fallen las fuerzas ni la voluntad, ayúdanos a mantener este compromiso, no nos queremos de vosotros alejar.

Hoy no traje tu estampa, qué mejor que tenerte aquí, aunque te esté dando la espalda, mis palabras salen directas a ti. Estoy deseando darme la vuelta y volverte a ver la cara, ya te echo de menos, Merced soberana. No me dejes abandonada, sigue a mi lado el resto de mis días, va para ti esta plegaria en forma de poesía.

Merced Madre nuestra  
Merced Madre del cielo,  
Merced Madre en la tierra.

Merced de los mercedarios,  
Merced del que a tus plantas se acerca,  
Merced que alivias mis pesares,  
Merced que calmas mis tormentas

Merced, Merced,  
siempre, siempre, a tu Merced,  
a tu vera, en mi camino,  
camino de amor por el que me guías,  
¡y de fe!

No me canso de decirlo,  
seis letras que llenan mi boca,  
que al pronunciarlas me erizan la piel.

Con tan solo dos sílabas,  
todo lo llenas de cariño, Merced.

Que hasta la vida eterna,  
quiero tener tu Merced,  
y cuando te tenga delante,  
no como ahora te suelo tener,  
mire tus ojos misericordiosos,  
los que me quitan día a día la sed,

te rece mi primer Ave María  
cara a cara, una a ti mi ser  
en el Reino de los cielos,  
donde te deseaba conocer  
y así te diga mi alma,  
que por siempre estará contigo  
GRACIAS POR TODO SEÑORA,  
GRACIAS POR TODO  
SANTA MARÍA DE LA MERCED.

He dicho.



M<sup>a</sup> de las Mercedes Delgado Gutiérrez